

***Moño Suelto High School,  
la subversión del recato***

CFE



*A Milagros Camejo Octavio y  
a Yolanda “La Negra” Camacho, in memoriam*

**Francisco Camacho**

Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado

¿Qué hicieron estas tres mujeres, maduras además, para que en los años 80 del siglo pasado se promovieran en su contra severos señalamientos de corruptoras de la moral y del digno ejemplo que deben dar las de su género y edad en un país en el que la desmesura -cuando la crisis económica mostraba sus primeros síntomas-, era un rasgo cultural de primer orden?, ¿cómo es que un alto personero del entonces gobierno central influyó, infructuosamente, para que se suspendieran en Caracas las presentaciones de estas señoras que se atrevieron a hablar públicamente de pasiones impúdicas, de la libertad sexual femenina y de sus experiencias maritales, a veces a favor, a veces en contra, de sus consortes? Cuando leemos en los libretos los consejos que ellas daban a su auditorio con detalles a este tenor: “Cuando esté con su hombre amado, olvídense de que es sujeto de la historia y conviértase en objeto del hombre amado...y si es de varios, conviértase en objeto de consumo masivo”, podemos hallar respuestas a estas interrogantes.

Milagros Camejo Octavio, Dulce “La Gorda”

Rivero y Yolanda “La Negra” Camacho, educadoras de un liceo de Barquisimeto las primeras y secretaria del Poder Judicial la tercera, pueden ser consideradas pioneras en Venezuela de un estilo de oralidad, “cuentaría” de cuentos o lo que hoy se ha dado en llamar stand up comedy, que permite a talentosos artistas hacerse de un dinero extra hablando de pudores. Los de ellas no eran los fenotipos de las sex simbol de la época; parecían más bien, señoras de su casa que sobrellevaban con dignidad el climaterio mientras atendían a sus esposos, hijos y nietos.

Los guiones de sus relatos son una mixtura de erotismo y alusiones pornográficas con los que estas mujeres, confesando abiertamente sus cuitas y aventuras sexuales (reales o imaginarias, poco importa), rebasaron el aforo del Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela. Para entonces, estas barquisimetanas contaron con el padrino de Pedro León Zapata, quien desde la Cátedra Libre del Humorismo Aquiles Nazoa de la UCV, impulsó junto con Luis Britto García presentaciones de este particular trío en varios centros nocturnos de Caracas y giras por todo el país.

Milagros y Dulce, viudas; y Yolanda, casada, estaban en la cercanía de la jubilación laboral cuando emprendieron la aventura de hacerse confesoras de intimidades propias y ajenas. En la lectura de los libretos salta la ironía y incredulidad ante afirmaciones como la de la “Gorda” Rivero, quien decía llevar 8 años de “hombre en hombre” y tener a “26 preferidos”. Las Moño Suelto empezaron su periplo de “cuentaría” erótica en tertulias de amigos en Barquisimeto, donde fueron

“descubiertas” por Zapata y Britto en los albores de los 80. Rubén Monasterios, reputado “erotólogo” venezolano de esa época, también dedicó en la prensa palabras de elogio para estas damas.

Desde hacía mucho, sobre todo a Milagros y a Yolanda, miembros de honorables familias de la ciudad, se les reconocía como irreverentes en la para entonces Barquisimeto conservadora, muy a pesar de los avances de la liberación femenina, la píldora anticonceptiva y el movimiento hippie que tanto cautivó a los jóvenes de los años 60 y 70.

¿De qué hablaban estas tres mujeres, amigas desde los años de moceríos en los clubes de la ciudad, cuando se reunían en las noches en casa de Milagros? Seguramente, la prioridad temática de aquellos encuentros no eran las labores domésticas o las preocupaciones que, se supone, debían tener tres amas de casa cuando han pasado los 50 años de existencia.

A decir verdad, tampoco se trataba de un grupo feminista en el sentido estricto de la palabra. Lo suyo no era sexismo; amaban a los hombres, sí, y con sentido de guasa, daban recetas a sus congéneres acerca de cómo hacer entender a los varones que en materia de sexualidad el placer debe ser recíproco. A más del coqueteo, enseñaban a “ponerse al nivel del hombre apetecido”, porque “Los prejuicios pesan demasiado para llevarlos consigo”. Hacían de esas confesiones una cuestión de honor y humor, y eso causaba escozor en algunas pieles sensibles que, a lo interno, seguramente, se hacían cómplices de las picardías narradas por las Moño Suelto. Hay que decir también que hicieron de sus presentaciones tribuna para la crítica política.

Una frase que evoca la teoría de sistemas: “Si usted no encuentra al hombre total, no se achicopale, búsquelo fragmentado” está en uno de esos libretos escritos a máquina (una Olivetti, quizás), que celosamente guarda el hijo de la “Negra”, el cinéfilo Juan Luis Rodríguez. En el mismo texto, con tachaduras a modo de borlas, leemos algunos de los requisitos para las aspirantes a ingresar a la Moño Suelto High School: ser “mayor de edad, indigna de nacimiento, mala esposa, mala madre, mala hija e inteligentísima”.

Eran los tiempos de presagios de la ruptura del orden y de los órdenes, temas que inspiraban a los filósofos de la posmodernidad. La Guerra Fría empezaba a deshelarse, se anunciaba el “fin de la historia” con saldo positivo para el mercado y negativo para el Estado benefactor; la Unión Soviética y su hegemonía hacían aguas y, con el avance tecnológico, la humanidad comenzaba a dar los pininos de la globalización. Las filosofías existencialistas de la posguerra explicaban la angustia del ser ante un mundo que le era ajeno. Las verdades irrefutables entraban en cuestionamiento y los sentimientos reprimidos empezaban manifestarse sin la vergüenza de antaño. Una nueva cultura asomaba sus narices.

En Venezuela, la crisis del rentismo petrolero daba sus primeras señales mientras la sociedad civil pujaba por la reforma del Estado. El desencanto de la política izaba sus banderas, aunque la izquierda conquistaba espacios en gobiernos regionales y en el Poder Legislativo. Esa era la atmósfera mental, moral, cultural y política para cuando las mujeres de la Moño Suelto High School (se inspiraron para ese nombre en la proliferación de centros de capacitación

que se apellidaban con anglicismos) se lanzaron a la aventura de contar intimidades y se hicieron del lema “Ante todo, nada de dignidad”, algo impensable un par de décadas antes.

Se declaraban en contra de “la tenencia del hombre para una sola, ¡eso nunca!” y aconsejaban a las mujeres a que perdieran las esperanzas de conquista de los varones que usan “medias con alpargatas”, o que portan como prendas de vestir “safaris con camisas de flores”, o los que todos los sábados lavan y pulen el carro con cera de la “Tortuguita”, o los que “juegan dominó sin camisa”.

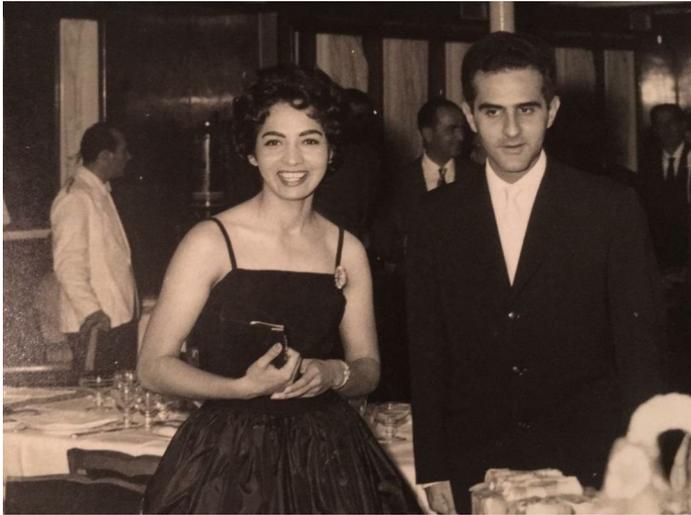
El humanismo que embargaba a cierta intelectualidad devenía en humor en frases como “Amen en su hombre a la humanidad entera”; en sus “clases” pregonaban cierta ingenuidad y garantizaban la formación a sus seguidoras con una “alta capacidad de seducción y sometimiento al hombre”. El “pensum” de la academia contenía las asignaturas coquetería, sexo y economía, relación perfecta y triángulo amoroso.

Juan Luis Rodríguez, hijo de la “Negra” Camacho y albacea de fotos, libretos, notas de prensa y de experiencias compartidas de cuando era un muchachito, tiene una descripción detallada de cada evento que quedó registrado en esos testimonios. Él mismo es uno de ellos.

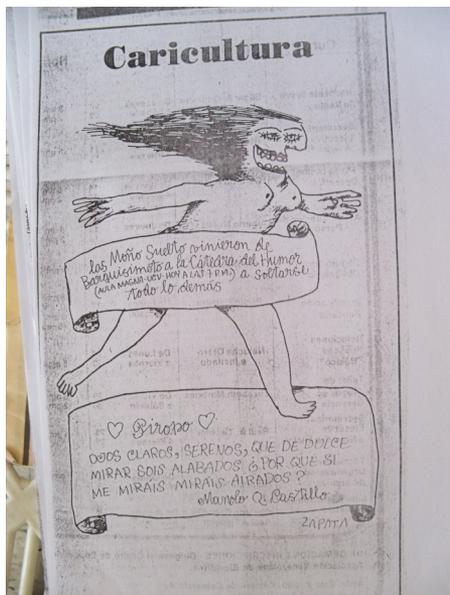
A los organizadores del Festival Internacional de la Oralidad de Barquisimeto, que desde hace más de dos décadas organiza la Unión de Narradores Orales y Escénicos de Venezuela (Unoes), les he oído el reconocimiento al trabajo a estas tres damas que contaban los cuentos que pocos querían contar y que muchos gustaban de oír.



Yolanda, Dulce y Milagros, en una foto de José Sigala, primer Premio Nacional de Fotografía en Venezuela. circa 1985.



La "Negra" Yolanda Camacho y Pablo Choissonne, su eterno amigo, en hermosa foto de los años 60 del siglo pasado.



Una caricatura de Zapata en *El Nacional* estuvo dedicada a las "Moño Suelto".